

MIGUEL DE VALENCIA

GLOSAS DE LA CULTURA ACTUAL

LOS PSICOLOGOS estudian las diversas causas que desatan la frecuencia de suicidios y crímenes. Se llevan meticulosas estadísticas. Tal vez sea posible fijar conclusiones, aunque la introducción de "factores inesperados" derribe los cálculos y muchas de las premisas sociales. El hombre cultiva su condición de eterno desconocido.

Entre las numerosas causas de asesinato figuran: incertidumbre y lentitud de la justicia, los medios de comunicación tales como la radio, televisión, cine, costumbres que incitan a la violencia y algunas tendencias culturales.

Tres grupos se han hecho de los asesinos: el psicopatológico, el psicótico y el socialmente normal. Estos últimos son los más peligrosos. No es raro que tales personas sean individuos encantadores, con gran sentido de las relaciones sociales.

Los seres normales, sin darse cuenta, hacen suya una serie de pasiones negativas: temor, odio, furia, ansiedad, celos y resentimiento. La línea que los separa de los "no asesinos" es imprecisa.

Se ha señalado un dato curioso, que se relaciona con esa posible tendencia anormal. La mayoría de la gente que no ha matado a nadie lee con placer la nómina de las defunciones. Los impulsos de matar provienen, a veces, de motivaciones sexuales reprimidas. Los deseos no satisfechos motivan desilusión e ira.

Aseguran los psiquiatras que la extrema bondad del llamado "niño modelo" es a menudo señal de alarma, porque esos niños, aunque no lo manifiesten, son víctima de trastornos emocionales. Seguirán en su actitud "modélica", si no tienen ocasión de expresar su hostilidad. El "crimen sin motivo" no es otra cosa que una explosión de resentimiento social. Los autores de esos crímenes son personas que fueron educadas en ambiente de violencia, sin afecto real.

De todas esas consideraciones se deriva una original orientación pedagógica. No debemos asustarnos de las oposiciones que se manifiestan en el

alma infantil. Gracias a esa proyección activa, su cuerpo y su espíritu se limpian de resentimientos.

Actuales concepciones pedagógicas señalan ciertos caminos de asedio que llegarán a entregarnos la imagen, bastante nítida, de la personalidad humana. La que antaño fuera denominada "lógica infantil" cede su paso a otras formas de actitud. El vivir en "situación problemática" y la necesidad de explayar una educación para un mundo variable son los resortes de la vigente filosofía educativa. ¡Compromiso enorme suscrito por los educadores conscientes!

*

En *Las Mil y Una Noches* abundan las alusiones al vicio del "haxix", droga usada por los pueblos orientales por sus efectos alucinatorios y para entonar las aventuras amorosas. Quien toma "haxix" se convierte en dueño del mundo. Así dicen los personajes melancólicos de Oriente, los testigos directos de sus reacciones exultantes.

En el cuento *Fumador* se afirma que el humo asciende al cerebro del hombre, haciéndole soñar en baños, placeres y delirios de grandeza.

Varios medicamentos se recomiendan en ese gran libro. Ahí están la canela, el clavo, el jengibre, la pimienta blanca y determinadas vísceras de animales. También se habla del incienso macho y de las semillas de culantro. El azafrán era considerado como afrodisíaco. Los venenos empleados en *Las Mil y Una Noches* comprenden un depilatorio compuesto de arsénico amarillo, cal viva y pieles de serpiente.

Los cuentos de Scherezada son vehículo del saber árabe. Constituyen un sabio precedente de los valores líricos del simbolismo. Y una importante revelación de la antigua medicina mágica, ahora estudiada, como imprescindible capítulo, en las escuelas de Medicina de muchos países de América.

Desde la vertebración lógica y fantástica de sus narraciones, se proyecta un entrañable sentido de las encrucijadas jurídicas. En esas páginas, están resueltos muchos problemas, según los cánones, pocas veces anotados, de un derecho consuetudinario que dio características muy especiales al orbe musulmán. Los arqueólogos dicen que ciertas inscripciones que figuran en los viejos monumentos son algo así como la concreción práctica de unos finales de ruta jurídicos.

Pero el tiempo no se detiene. Hoy día, los templos adornados con hermosos relieves de divinidades impresionan a los musulmanes, a los egipcios concretamente, si bien de manera original, equilibrada.

Gloriosa época lejana. Es muy posible que renazca.

En otro tiempo, el rey Djoser, por indicación del sabio Imhotep, había ofrecido al dios Khnum, guardián de las fuentes del Nilo, doce espacios de camino a orillas del río, aguas arriba de Asuán, para que remediara la mengua de agua del Nilo. Hoy día los egipcios han arrumbado a esos dioses, sin desdeñarlos. Con sus manos construyen una represa. En lugar de los antiguos dioses médicos, existe un Ministerio de Salud Pública.

Al mismo tiempo salvan los bellos templos de las inundaciones. Se domina el destino con visión científica. Las disertaciones de la hermosa y sensual Scherezada saltaron los recintos de la fabulación para instaurarse en zonas comprometidas. Sin duda, los lingüistas nos dirán cuáles son las "segundas intenciones" que subyacen, difuminadas, en la esencia de tantas lucubraciones sensuales y coloristas.

•

Hubo culturas evolucionadas que desconocían la escritura, la rueda y el arado. Los incas ignoraban la comunicación escrita. Sus descendientes asimilaron la escritura europea y pudieron escribir y transcribir su propio idioma.

El conocimiento de esos pueblos se ha completado mediante las aportaciones sucesivas de los arqueólogos. En tierras peruanas se descubrieron secuencias superpuestas de diversas culturas. La cultura Chavin, durante el primer milenio antes de Cristo, alcanzó esplendor en las regiones del norte peruano.

Se han conservado géneros textiles que tienen dos mil años de antigüedad. Dícese que las telas y cerámicas con que se enterraba a los muertos se remontan a los diez mil años.

Los objetos substituyen a la escritura. Esos productos del ingenio humano tienen su lenguaje intransferible, concreto en grado sumo. Sabemos que las obras de la época Moche señalan un hito de culminación artística. Los "huacos", es decir, los vasos de arcilla fueron fabricados a mano. Abundan, como elementos decorativos, los colores rojo y crema. Hay retratos de seres humanos, figuras estilizadas de animales, dioses, vestiduras, alimentos. En los "huacos" el artista anónimo dejó correr su concepción realista de la vida. En sus figuras se ha dado toda una serie de ejemplos, que los médicos de hoy día refieren a determinadas dolencias y lacras sociales. Diríase que hablan los dibujos y las formas.

Tema repetido es el enfermo yacente ante el médico. Ese médico, "mago de la medicina", se cubre la cara con una máscara, lleva "un frontal" adornado con un gato salvaje, atributos que indican su función sacerdotal.

"Huacos" abundan pintados en negro. ¿Alguna oculta simbología?

La alfarería de Chimu debió ser fastuosa. Se conservan ruinas de su metrópoli, Chan-Chan, ciudad magnífica, en donde había médicos sobresaltados. Por asistir a los enfermos recibían cuantiosos honorarios. Al que se le moría un enfermo, por negligencia o debido a ignorancia, lo mataban a palos.

Interesante contribución la de esos vasos de arcilla, porque en sus líneas toscas o estilizadas hay páginas de la historia verídica de un pueblo, que tuvo sus ideales y problemas de toda índole. Como hoy día en los pueblos más civilizados y existenciales.

•

Las Cartas cruzadas entre Charles du Bos y André Gide son un documento estético y humano. El tema de esas Cartas lo constituye el contacto circunstancial o cotidiano con altos valores de la literatura. Los nombres de Gide, Rilke, Valéry, Martin du Gard, Paul Claudel y Stephan George le dictan la nota admirativa y encauzan sus divagaciones por las sendas de la comprensión, único valor que puede situar a los espíritus en los claros trances del conocer.

La obra de Charles du Bos se mueve entre aproximaciones, oscila y se afirma cuando nuevas realidades le hacen ver sus errores. Su crítica literaria es un haz compacto de intelectualidad y decoro. Sin embargo, sus contactos con Gide tienen puntos vulnerables. La posibilidad polémica se convierte en esguince de servidumbre. Así lo demuestran esas epístolas ahora editadas por vigésima vez, traducidas al castellano, inglés y alemán.

Ambos escritores se conocieron en un banquete. El azar los juntó en la misma mesa. Nació una charla intrascendente, en apariencia. Pero los dos quedaron sorprendidos de las condiciones dialécticas del adversario. A partir de ese momento, una correspondencia habría de cruzarse. Pocas veces utilizaron el teléfono.

La charla y la visita directa fueron escasas, a pesar de que los dos estaban viviendo en París, en barrios bastante próximos. Diríase que estaban levantando el futuro edificio de una polémica de resonancias editoriales.

André Gide concibe sus cartas con suma brevedad. Y en ellas se destaca su deseo de no comprometerse con las ideas o con los amigos. Se le observa convertido en fuente de Narciso, como si la discusión no le importase un ardite. No en vano ha podido escribir lo siguiente: "Siento en mí, reunida, una multitud contradictoria: algunas veces querría agitar la campanilla, ponerme el sombrero y abandonar la sesión. ¿Qué importa mi opinión?".

Charles du Bos, más sorprendido con su tarea epistolar, le dirige varios pliegos cada vez. Trata de justificarse, de razonar sus puntos de vista, siempre temeroso de herir al escritor triunfante en toda Francia. Y ahí es donde el polemista resbala y se convierte en fante. Entretanto, Gide, danzando entre dos aguas, entregando mínimas porciones de su pensamiento y de su compleja intimidad.

Causa verdadera tristeza saber que corregía las dedicatorias de libros brindados a su nombre. Ni una sola palabra molesta o dudosa era permitida. Porque todas las piedras, por insignificantes que fueran, habían de servir para levantar su pedestal. André Gide, magnífico escritor, imbuido de firmes convicciones filosóficas, tuvo innumerables valoraciones negativas como hombre cordial, sencillo y fraterno.

En su "Diario" se vislumbra su auténtica dimensión humana, a veces sublimada, y casi siempre con trazos de sombra anímica, inmersa en una ética de dudosa aceptación.

Charles du Bos realizó una obra menos trascendente, más pudorosa y siempre exquisita. Lástima que su diapasón epistolar no vibrase con sonos agudos y estridentes. Fue dominado por la sombra voluble de su correspondal.

Elegante y puro, sibarita del arte, el autor de *Aproximaciones* sufrió resignado. Lo imaginamos escribiendo cartas con letra menudita, su cuarto de trabajo presidido por los rasgos asiáticos de Gide, sabiendo que sus pliegos sólo habrían de merecer unas líneas del viajero incansable. Despuntó iniciales acápites de resistencia frente a los malabarismos de Gide. Pero el autor del *Inmoralista* lo cazó en el preciso momento en que simulaba elasticidad para el ataque. Y con olímpico desdén, en breves notas, le sembró la duda.